



# Sobre el papel social del historiador o ¿para qué servimos?

Francisco Javier Caspistegui

*Universidad de Navarra*

## *1. Historia e historiadores: quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos*

En tiempos en que a la historia se la considera como la actividad profesional menos valorada<sup>1</sup>, no es de extrañar que los historiadores nos estemos volcando cada día más en averiguar quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. No es infrecuente, por tanto, la aparición de libros que indagan sobre nuestras características, nuestra tradición disciplinar propia, especialmente en tiempos en que el discurso, nuestro discurso, la narración histórica, se ha convertido —desde la óptica posmoderna—, en uno de los ejes centrales del análisis: no existiría realidad del pasado, sino un conjunto de lecturas e interpretaciones siempre variable. En este clima de interés por lo relacionado con la propia disciplina habría que insertar los libros aquí comentados<sup>2</sup>, la punta de un iceberg que examina todos y cada uno de los aspectos en los que la tarea, el papel social, la repercusión mediática o la relevancia profesional del historiador se pone en entredicho. Lo significativo de esta corriente es que el historiador ha comenzado a mirarse a sí mismo y, sobre todo, a reflexionar sobre su trabajo, sobre los planteamientos que se sitúan tras lo que de oficio hay en su labor. De los

---

<sup>1</sup> El informe de la Fundación Española de Ciencia y Tecnología presentado en noviembre de 2002 señalaba que “mientras que la medicina sólo un 1’8% la valora poco o nada, la historia es valorada ‘poco o nada’ por un 44’5%” (Carlos ELÍAS, “El prestigio social se esconde en los laboratorios”, *El Mundo*, 13-XI-2002, p. 30).

<sup>2</sup> Peter MANDLER, *History and National Life*, Profile Books, Londres, 2002; Sam WINEBURG, *Historical Thinking and Other Unnatural Acts. Charting the Future of Teaching the Past*, Philadelphia, Temple University Press, 2001; Olivier DUMOULIN, *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Paris, Albin Michel, 2003; y Jeannie BAUVOIS-CAUCHEPIN, *Enseignement de l'histoire et mythologie nationale. Allemagne-France du début du XXè siècle aux années 1950*, Berna, Peter Lang, 2002.

estudios metodológicos de fines del s. XIX y comienzos del XX<sup>3</sup>, hemos pasado a finales de ese siglo y comienzos del XXI a una consideración más abstracta de la historia, a una reflexión teórica, incorporando un territorio que nunca había sido el del historiador, sino de filósofos, teólogos, sociólogos o epistemólogos. En estos momentos, la reflexión sobre la historia la llevan a cabo en una amplia proporción los historiadores, algo que supone una novedad en la trayectoria de la disciplina, más centrada hasta ahora en el oficio, como lo llamó Marc Bloch, que en los principios y fundamentos teóricos del mismo. De hecho, la misma utilización de la palabra oficio reflejaba bien a las claras ese componente casi manual de la tarea del historiador, sujeto a una mecánica dependiente del archivo y de los materiales supervivientes del pasado para el cumplimiento de sus objetivos profesionales. Tal vez en nuestros días (y hablo del último cuarto de siglo), el historiador da por supuesto el oficio, pero se pregunta qué rige su puesta en práctica, qué hay tras la mecánica artesanal, tras las pautas del trabajador del pasado.

Tal vez pudiese hablarse de un giro historiográfico al respecto, paralelo al que ha supuesto el posmodernismo, del que, en buena medida, depende el que ahora comento<sup>4</sup>. En estos últimos veinticinco años se ha producido lo que Georg G. Iggers y Edward Q. Wang definen como un cambio fundamental en la percepción del pasado, con todas las consecuencias que ello acarrea (creación de nuevas escuelas, nuevas ideas históricas, etc.)<sup>5</sup>. Además hay que

---

<sup>3</sup> Como los de Charles-Victor LANGLOIS y Charles SEIGNOBOS, *Introduction aux études historiques*, París, Hachette, 1898; Charles-Victor LANGLOIS, *Manuel de bibliographie historique*, París, Hachette, 1901; o Gabriel MONOD, *Bibliographie de l'histoire de France*, París, Hachette, 1888; por parte alemana destaca Johann Gustav DROYSSEN, que en 1857 publicó su *Historik*, la gran obra acerca del método y la reflexión historiográfica del historicismo alemán; y Ernst BERNHEIM, *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, Leipzig, Duncker y Humblot, 1903 –ed. original, 1889- o su *Introducción al estudio de la historia* (Barcelona, Labor, 1937), en el que, señalaba, “[l]a ciencia va surgiendo siempre de una narración o simple disposición, más o menos ordenada, a una ordenación sistemática que obedece a criterios universales” (p. 8). En España tuvo un impacto considerable la obra de Lavisse, Monod, Hinsdale, Altamira y Cossío, *La enseñanza de la historia* (Madrid, Espasa-Calpe, 1934), en la que Monod insiste en que “[e]l primer trabajo del historiador será, pues, la crítica de las fuentes históricas” (p. 14).

<sup>4</sup> P. MANDLER, *History and National Life...*, p. 8.

<sup>5</sup> “Introduction”, a su *Turning Points in Historiography: A Cross-Cultural Perspective*, Rochester, The University of Rochester Press, 2002, pp. 1-16.

tener en cuenta que, en nuestros días, el impacto de un giro de estas características repercute en buena parte de los practicantes de historia, sacudidos por las novedades que de inmediato van incorporándose al oficio de historiador: ventajas e inconvenientes de la globalización.

Es en este contexto de transformaciones y reflexión en el que cabe plantearse una cuestión que tal vez se tenía por incuestionable, la del papel del historiador: ¿para qué servimos? ¿cuál es nuestro papel en la sociedad que nos acoge y mantiene? ¿tiene sentido seguir patrocinando desde las arcas públicas y privadas una actividad que tiene su origen y destino fundamentalmente en sí misma, que implica la búsqueda del conocimiento sobre el pasado por sí mismo, el arte por el arte en definitiva? ¿cómo afrontar los reproches de quienes nos consideran una carga improductiva? Demasiadas preguntas para una disciplina en crisis permanente, en constante búsqueda de su propia identidad en el proceloso mar de las ciencias humanas y sociales, en el conjunto de las vías que el ser humano ha dispuesto en pos del conocimiento. Retóricas aparte, es evidente que el historiador se pregunta con frecuencia creciente sobre sí mismo, sobre el sentido de su tarea y es en ese marco en el que se pueden incluir los libros aquí recogidos.

## *2. La función social originaria del historiador*

Podríamos remontarnos a tiempos pretéritos, cuando los escribas babilónicos redactaban loas a sus monarcas con la finalidad de que sus méritos no se perdiesen en el tiempo. De igual manera, las oficinas historiográficas del Imperio chino servían como el repositorio de la memoria de los gobernantes y el modelo para su actuación futura. Esta tarea de justificación del poder, el viejo y manido baldón del historiador como respaldo de los vencedores, no deja de ser un lugar común en la historia de la historiografía, no menos cierto por más que se repita. Sin embargo, y por acercarnos a situaciones más asimilables a las nuestras, cabría preguntarse por la actitud del historiador cuando su figura se convierte en una más del panorama profesional en el mundo occidental, cuando el respaldo servil al poder es, cuando menos, difícil de justificar.

En sus orígenes como práctica profesional, la historia estuvo vinculada estrechamente con el Estado-nación. Un escritor habla de “los historiadores mendaces casados con el poder”, lo que introduciría al menos —nos queda el

consuelo o, tal vez, la condena— la posibilidad de que exista otra opción<sup>6</sup>. Supuso un respaldo y un elemento de legitimidad. La historia nacional del siglo XIX, nacionalista, funcionaba, en palabras de Jeannie Bauvois-Cauchepin, como una realidad trascendente, eterna y perfectible. El marco nacional, señala esta autora, es un marco teatral en el que actores claramente identificables desarrollan una historia profética. Esta historia nacional tiene una función claramente pedagógica, de integración, de ahí el significativo papel de la historia en la escuela. Los mitos nacionales que se crean al amparo de la historia tienen un carácter organicista, pues interpretan la sociedad como un todo en el que los individuos son piezas necesarias del conjunto<sup>7</sup>. Esta visión maniquea jugaba con una finalidad social de la historia que servía para localizar aquellos argumentos necesarios en la fundamentación del Estado-nación. Los ejemplos que recoge Dumoulin para Francia son una buena muestra de ello. Uno de los más significativos es el siguiente: “[s]i l’écologiste n’emporte pas avec lui le vivant souvenir de nos gloires nationales; s’il ne sait pas que ses ancêtres ont combattu sur mille champs de bataille pour des nobles causes; s’il n’a point appris ce qu’il a coûté de sang et d’efforts pour faire l’unité de notre patrie, et dégager ensuite du chaos de nos institutions vieilles les lois qui nous ont fait libres; s’il ne devient pas un citoyen pénétré de ses devoirs et un soldat qui aime son fusil, l’instituteur aura perdu son temps”<sup>8</sup>. Aún más patente fue la actitud de los historiadores durante la I Guerra Mundial, durante la cual se convirtieron en los garantes de un respaldo científico que sirviera para desacreditar al enemigo y arrastrar tras de sí a la población. Como señala J. Bauvois-Cauchepin, “[l]es histoires nationales de la fin du XIX<sup>e</sup> siècle et de la première moitié du XX<sup>e</sup> siècle procédaient, en général, d’une culture de guerre, d’une rhétorique de guerre, d’une vision duale des sociétés simplifiée

---

<sup>6</sup> Nuria AZANCOT, entrevista a Juan Eslava Galán, *El Cultural*, 28-XI-2002, p. 27.

<sup>7</sup> *Enseignement de l’histoire et mythologie nationale* pp. 1-5; John BREUILLY, “Historians and the Nation” en Peter BURKE (ed.), *History and Historians in the Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 55-87.

<sup>8</sup> *Le rôle sociale de l’historien*, p. 181. El original procede del libro de Ernest LAVISSE, *L’enseignement de l’histoire à l’école primaire*, París, Colin, 1912, p. 32. Más moderado se muestra el mismo Lavissee cuando escribe, en *La enseñanza de la historia*, que “[e]l cultivo del sentimiento nacional es delicado. Es necesario ante todo fortificar el natural amor al país natal, razonar este instinto y aclararlo; pero en Francia, bajo pena de que sufra un desengaño nuestro espíritu, no podemos ni olvidar al hombre en el francés ni estrechar, en provecho aparente de nuestro país, el lugar de la Humanidad” (p. 54).

à l'extrême<sup>9</sup>. Lo significativo, señala, es que durante la I Guerra Mundial esta radicalización se llevó hasta sus últimas consecuencias<sup>9</sup>.

Peter Mandler sobre el Reino Unido concluye, de forma similar, que la historia sirvió como argumento nacionalizador durante todo el siglo XIX, especialmente en la época victoriana. La historia y la nación se unieron con un vínculo indisoluble y ello provocó la necesidad de construir una historia que sirviera a las pretensiones de la nación-Estado, pero sin olvidar la voluntad de extender esas ideas por el conjunto de la población. Esto se logró mediante dos mecanismos: hacer que la gente común se convirtiera en protagonista de la historia nacional y, además, consiguieron que esa gente común se acercara a la historia que elaboraban con fines nacionalistas<sup>10</sup>. Lo que primaba era el modelo de Jules Michelet en Francia: grandes cuadros históricos en los que el pueblo se convertía en protagonista. Un ejemplo más, en este caso el del historiador español por antonomasia en el siglo XIX, Modesto Lafuente: “La historia se escribía, por supuesto, para ser útil, para servir a las exigencias nacionalizadoras del Estado liberal, que exigía dotar a todos los ciudadanos de referentes de identidad colectiva. La historia ya no se podía escribir para la educación del príncipe heredero, o de una minoría de privilegiados aristócratas, sino para enseñar y adoctrinar al protagonista de la historia nacional, el ciudadano”<sup>11</sup>. Recoge Juan Sisinio Pérez Garzón una declaración explícita de Antonio Gil de Zárate: “la cuestión de la enseñanza

---

<sup>9</sup> *Enseignement de l'histoire et mythologie nationale*, p. 247; O. DUMOULIN, *Le rôle social de l'historien*, pp. 189-216. Olivier LOUBES indica, para este período, cómo la escuela francesa era la institutriz de la nación, pero por ello mismo una institución compleja que participaba en primera línea en su construcción, insertando a los alumnos en un territorio común e inculcándoles un sentimiento patriótico, una cierta idea de Francia (*L'école et la patrie. Histoire d'un désenchantement 1914-1940*, París, Belin, 2001, pp. 9-10. Para la escuela y la I Guerra Mundial, pp. 19-49). Una visión algo más que crítica, aunque a posteriori, es la de Louis-Ferdinand CELINE, que en su *Viaje al fin de la noche* describe con ironía el alistamiento de Ferdinand Bardamu: “[M]archamos mucho rato. Calles y más calles, que nunca acababan, llenas de civiles y sus mujeres que nos animaban y lanzaban flores, desde las terrazas, delante de las estaciones, desde las iglesias atestadas. ¡Había una de patriotas! Y después empezó a haber menos... Empezó a llover y cada vez había menos y luego nadie nos animaba, ni uno, por el camino” (Barcelona, Edhasa, 1999 —ed. original de 1932—, p. 17).

<sup>10</sup> P. MANDLER, *History and National Life*, pp. 16-20.

<sup>11</sup> Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, “Modesto Lafuente, artífice de la Historia de España”, en su introducción a Modesto Lafuente, *Discurso preliminar. Historia General de España* (Pamplona, Urgoiti, 2002), pp. LII-LIII.

es cuestión de poder; el que enseña, domina, puesto que enseñar es formar hombres, y hombres amoldados a las miras del que los adoctrina”<sup>12</sup>. La función de la historia en ese proceso era clave, pues servía como elemento de cohesión, como justificación última de todo el entramado.

Algo más allá avanza Sam Wineburg cuando considera que esta forma de escribir historia desde y para la nación no provoca sólo una reducción del marco geográfico y temático, un finalismo historiográfico que limita todo aquello que no haga referencia explícita y laudatoria o justificativa de la nación, sino que también excluye a amplios sectores sociales que en la realidad no encajan en las propuestas unificadoras del modelo nacional, especialmente en lo que toca al modelo educativo. En cierto modo, el historiador de lo nacional no sólo peca de chauvinismo, sino también de excluir una parte significativa de su propia sociedad, lo que, de alguna manera, está detrás de los enconados debates en torno a la inclusión o modificación de los contenidos históricos en los currícula escolares (que no se instauran en un sistema de enseñanza oficial hasta 1900 en el caso británico y que, en EE.UU., nunca ha llevado a un amplio convencimiento acerca del papel de la historia en el currículum escolar)<sup>13</sup>. Desde la psicología valora el papel de los asumidos culturales que casi dos siglos de formación oficial han ido transmitiendo a las sucesivas generaciones de estudiantes: “Often our implicit assumptions shape our ideas about what is central in history and what is peripheral, what to look for and what to overlook”. Este proceso de elecciones al que se refiere, en la sociedad de nuestros días, se mueve entre las opciones que los historiadores han ido construyendo, e incluso para estos momentos, teóricamente más abiertos y tolerantes, constata cómo el papel de la mujer en la historiografía es más que precario: “In girls’ minds, women in history are blurry figures; in boys’ minds, they are virtually

---

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. LIII.

<sup>13</sup> José M<sup>a</sup> ORTIZ DE ORRUÑO editó los resultados de un coloquio suscitado por la polémica que, desde 1996, giró en torno al papel de la Historia en el sistema educativo español: “Historia y sistema educativo”, *Ayer*, 30, 1998. Recuérdese también la intensa polémica -mediática, historiográfica y política- desatada tiempo después, tras el informe de la Real Academia de la Historia (“Informe sobre los textos y cursos de historia en los centros de Enseñanza Media”, junio de 2000). Para el Reino Unido, véase P. MANDLER, *History and National Life*, pp. 129-131; para EE.UU., S. WINEBURG, *Historical Thinking and Other Unnatural Acts*, pp. 3-5, así como el libro de Gary NASH, Charlotte CRABTREE y Ross DUNN, *History on Trial: Culture Wars and the Teaching of the Past*, Nueva York, 1997, entre otros muchos.

invisible. On historical grounds, this finding constitutes a serious misrepresentation. On social grounds, it perpetuates alarming and dysfunctional attitudes. On educational grounds, it poses, we hope, a challenge”<sup>14</sup>.

Tal vez pueda parecer que el “enemigo” está identificado y, por ello, es fácil salir de su potencial amenaza. Sin embargo, con la introducción de planteamientos superadores de la unidireccionalidad nacional de la historia se ha enriquecido la visión del pasado, pero también se ha abierto la puerta a que las influencias se multipliquen de forma mucho más que considerable. De alguna manera, como constata el propio Wineburg, el papel del Estado, la repercusión de planteamientos oficiales, se ha reducido, pero el número de elementos que confluyen en la conformación del conocimiento histórico de los estudiantes se ha multiplicado: “Not only do the details of historical events become less vivid as time passes, but what is remembered or occluded from the past is constantly being reshaped by contemporary social processes: acts of state that commemorate certain events and not others, decisions by novelists and filmmakers to tell one story and not another, and an amorphous set of social needs that draw on some elements from the past while leaving others dormant”<sup>15</sup>.

### *3. La crisis del papel del historiador como fundamento último de la nación*

Con excepciones (especialmente la derivada de los regímenes autoritarios de los años treinta y sus pervivencias), fue tras la I Guerra Mundial cuando el modelo del historiador de la nación entró en crisis y, por ello, hubo que buscar una nueva referencia en la que basar la utilidad del historiador. El inicial impulso nacionalista de mediados del siglo XIX había perdido fuerza, en buena medida por la crisis profunda que azotaba al mundo occidental en los comienzos del siglo XX. Se hacía preciso buscar nuevas formas de justificación, alguna alternativa a una disciplina que requería un objetivo social. Como señala Peter Mandler, en el Reino Unido la historia decayó de forma considerable en el período de entreguerras e inmediatamente después de la II Guerra Mundial: “nationalist history had become less central but

---

<sup>14</sup> S. WINEBURG, *Historical Thinking and Other Unnatural Acts*, pp. 113 y 133.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 249. Es significativo el ejemplo que recoge: Preguntados acerca de la guerra de Vietnam varios adolescentes norteamericanos, mostraron que su conocimiento del período dependía en buena medida de la película *Forrest Gump* (1994) mucho más que de lo recibido en la escuela (pp. 234-242).

busier, because more controversial”<sup>16</sup>. La historia ya no suponía la única forma de aproximarse al pasado, había aparecido el movimiento del *historical heritage*, la invención de las tradiciones, el turismo en busca de lugares del pasado<sup>17</sup>. Eric Hobsbawm habla de la “mass-generation of traditions” en el periodo inmediatamente anterior a la I Guerra Mundial, un tiempo de cambios radicales en las sociedades en proceso de industrialización y, como consecuencia de ello, en proceso de transformación<sup>18</sup>.

De forma paralela a este proceso el historiador, en creciente proceso de consolidación profesional, comenzaba un proceso de aislamiento que lo encerraba en los recintos universitarios. Allí obtenía un espacio propio, un coto cerrado, un público cautivo al que alimentaba y del que se alimentaba. Esto implica que las grandes figuras de la historiografía del siglo XIX, hábiles en el proceso de unión de lo científico y lo popular al servicio de la causa nacional, dejaron el camino expedito a otras gentes que mantuvieron esa perspectiva, pero con una reducción del componente académico. En unos años veinte, los felices veinte, en los que el consumo crece de manera espectacular, primero en EE.UU. —que se convierte en la gran referencia—, pero también en la Europa continental, los productos de ocio y consumo sustituyeron a los talismanes del pasado, entre ellos la historia. Había que llegar al público ávido de novedades y, desde la historia profesional se produjo la huida. El historiador de profesión, a su componente nacionalista —crecientemente en entredicho— había sumado a fines del XIX el carácter científico, y pronto añadió el pedagógico, como señala Dumoulin citando a

---

<sup>16</sup> P. MANDLER, *History and National Life*, p. 54.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 27-32, 125-127, 153-154. Como recoge en su *Inglaterra, Inglaterra* Julian BARNES, hay una ingenuidad que lleva a considerar que “el pasado es en realidad el presente disfrazado”, principio básico que le sirve para montar un parque temático con el que ironizar sobre las esencias británicas: “Tenemos que exigir la réplica, puesto que la realidad, la verdad, la autenticidad de la réplica es la única que podemos poseer, colonizar, volver a ordenar, *disfrutar* y, por último, si así lo decidimos, es la realidad que está a nuestro alcance hallar, afrontar y destruir, puesto que es nuestro destino” (Barcelona, Anagrama, 1999 —ed. original, 1998—, pp. 233 y 71 respectivamente). Esta propuesta de nuestros tiempos posmodernos hay que verla en sus antecedentes finí y primiseculares, pues es en ellos cuando comienza a gestarse.

<sup>18</sup> “Mass-Producing Traditions: Europe, 1870-1914”, en E. HOBSBAWM y Terence RANGER (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 263-307.

Ernest Lavisse, máxima encarnación de la historiografía oficial francesa en el cambio de siglo, que consideraba misión de los historiadores, “former des citoyens pour la nation”<sup>19</sup>. Nación, cientificidad, enseñanza, “l’historien professeur de nation”. Esta faceta se impondrá como resultado de la necesidad de transmitir la investigación, limitada al círculo universitario en el caso anglosajón, con el establecimiento de una sólida red entre todos los niveles de enseñanza en Francia; después del proceso de unificación, en el caso de Alemania o, en el paso del XIX al XX en España, cuando la Universidad se convierte en lo que Ignacio Peiró llama “el centro pautador de la investigación y la enseñanza de la historia española”<sup>20</sup>.

Seguía siendo necesario delimitar el papel social del historiador, aunque, evidentemente, en cada situación nacional variasen las tradiciones sobre las cuales construir esa imagen, esa tarea grupal.

#### 4. *O es social o no será: la historia en el entorno de las ciencias sociales*

El período de convulsiones de todo tipo que tuvo lugar en las tres décadas comprendidas entre 1914 y 1945 llevó a la necesidad de plantear de nuevo el papel de la historia. Lo nacional ya no servía (con excepciones, como en el caso español, donde la historiografía oficial fue militantemente nacionalista pero, por ese mismo motivo, acabó siendo superada con facilidad en cuanto hubo la posibilidad de plantarle cara). Como señala Peter Mandler, “If history was inessential for national cohesion, and if national cohesion itself was in question, then wherein lay history’s special capacity for training in citizenship? In any case, there were more plausible claimants for that role now, mostly from the social sciences”<sup>21</sup>. La psicología, la sociología, la economía... eran ciencias sociales pujantes, tomaban el relevo a una disciplina, la historia, crecientemente ensimismada, centrada en la expansión de su mundo universitario. El apoliticismo, dice Dumoulin, se convirtió en la norma de comportamiento del historiador en el período de entreguerras: “De

---

<sup>19</sup> O. DUMOULIN, *Le rôle sociale de l’historien*, p. 177.

<sup>20</sup> “Introducción” a I. PEIRÓ y G. PASAMAR, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, p. 12; véanse también su “La historiografía académica en la España del siglo XIX”, *Memoria y Civilización*, 1, 1998, pp. 165-196; y “Aspectos de la historiografía universitaria española en la primera mitad del siglo XX”, en Esteban SARASA y Eliseo SERRANO (eds.), *15 historiadores de la España Medieval y Moderna*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999, pp. 7-28.

<sup>21</sup> P. MANDLER, *History and National Life*, p. 83.

l'histoire asservie on glisse vers l'historien aseptisé"<sup>22</sup>. El historiador veía que la elección entre compromiso y asepsia conllevaba riesgos, y una buena parte de la profesión eligió una teórica neutralidad. El papel de educador social fue acogido por otras disciplinas, más dispuestas a combinar acción y ciencia.

La reacción de los historiadores fue escasa. En plena guerra fría las posiciones se centraron en el aislamiento o en un compromiso intenso. Los grupos de historiadores cercanos a los distintos Partidos Comunistas occidentales se dedican a una intensa labor de actualización de la visión histórica. El historiador, al margen ya del servicio a la nación, debía reivindicar una visión del pasado menos determinada por visiones de clase. Surgió así con fuerza una historia social, que reunía elementos de las triunfantes ciencias sociales con la pretensión de dar un vuelco a las pautas dominantes en la historia tradicional<sup>23</sup>. Sin embargo, el brillante papel social del que la historia había disfrutado desde su consolidación a mediados del siglo XIX decaía, fruto del aislamiento, del declive de sus planteamientos, de la pérdida de referencias: "As history sloughed off its nationalist rationales, it lost its claims to special status and got progressively merged into 'social studies' in the schools which served the bulk of the British people. By the early 1960s, if Carr had asked, not an audience of Cambridge historians but the man or woman in the street, 'What is history?', he might well have received the answer, 'Not much'"<sup>24</sup>.

Compromiso, conversión en una ciencia —en el sentido más cercano al modelo de las ciencias naturales—, pérdida de referencias nacionalistas... todo ello fue configurando un panorama en el que la Historia perdía peso específico en buena parte del mundo occidental (tal vez con la salvedad francesa, en la que el impulso de los *Annales* había permitido una institucionalización sólida, no exenta de críticas<sup>25</sup>). El historiador seguía siendo enseñante, seguía vinculando el coto cerrado de la Universidad con ese territorio cautivo que era la comunidad científica y escolar. Investigación y docencia (y en ocasiones el compromiso político e ideológico a través de

---

<sup>22</sup> O. DUMOULIN, *Le rôle social de l'historien*, p. 226.

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 306-12; Eric HOBBSAWM, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 181-182, 195, 217, 268.

<sup>24</sup> P. MANDLER, *History and National Life*, p. 92.

<sup>25</sup> Véase el conjunto de reseñas recogidas por Robert BONNAUD, *Histoire et historiens depuis 68. Le triomphe et les impasses*, Paris, Kimmé, 1997, donde habla del "empire braudelien".

ambos) como los dos pilares de una expansión y democratización de la enseñanza superior como no se había conocido en toda la historia de la humanidad.

### 5. Migajas triunfantes: entre el auge de la historia y el descrédito del historiador

La historia resucitó desde los años sesenta, pero no tanto en su prestigio disciplinar, como en su tirón popular<sup>26</sup>. Peter Mandler atribuye el éxito a tres motivos: la gravedad de los errores cometidos en el siglo XX, que parecen hacer del recuerdo un imperativo moral y del historiador el responsable de ello<sup>27</sup>; la búsqueda de nuestros ancestros, favorecida por la ampliación de los medios de comunicación, que nos proporciona una forma de identidad más individualizada y mejor que definiciones identitarias más tradicionales como clase, religión o nación; por último, señala que la historia ofrece también el

---

<sup>26</sup> Habla Ricardo GARCÍA CÁRCEL del actual “descrédito incuestionable que sufre la Historia académica, que contrasta con la Historia pura y dura visible en las revistas de divulgación, hoy absolutamente en alza”. Como motivo señala “la caída en picado de los modelos historiográficos dominantes en el siglo XX” (“Enseñar Historia en la Universidad”, *Blanco y Negro Cultural*, 21-IX-2002, p. 7). No es infrecuente ver en catálogos de librería o en revistas de libros la referencia a la historia que vende (novela histórica, biografías, etc.), encerrando en la expresión un claro término de oposición hacia la historia que no vende, la académica.

<sup>27</sup> *History and National Life*, pp. 2-4. Primo LEVI lo ha señalado reiteradamente en sus obras, especialmente las dedicadas a su experiencia en los campos de exterminio nazis. En *Los hundidos y los salvados* (Barcelona, El Aleph, 2002 —ed. original, 1986—), afirma: “No es ni fácil ni agradable sondear este abismo de maldad y, sin embargo, yo creo que debe hacerse, porque lo que ha sido posible perpetrar ayer puede ser posible que se intente hacer mañana y puede afectarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos. Se siente la tentación de volver la cabeza y apartar el pensamiento: es una tentación a la que debemos resistir” (pp. 66-7). Hay alguien capaz de evitar esa distancia creciente con el mal recuerdo: “Es tarea del historiador salvar esta distancia, que es tanto mayor cuanto más tiempo ha transcurrido desde los acontecimientos estudiados” (p. 208). Para la memoria como elemento para la justicia, y el pasado como ejemplo para el presente, véanse —entre otros—: Tzvetan TODOROV, *Les abus de la mémoire*, París, Arléa, 1995 y Cristina GODOY (comp.), *Historiografía y memoria colectiva: tiempos y territorios*, Madrid/ Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002. Más recientemente, el artículo de Reyes MATÉ, “¿Recordar para mejor olvidar?”, *El País*, 27-IX-2003, p. 14. Richard J. EVANS señala la necesidad de reafirmar el propósito inicial de la historia, que no es otro, en su opinión, que explicar y comprender el pasado, no juzgarlo (“History, Memory, and the Law: The Historian as Expert Witness”, *History and Theory*, 41, 2002., pp. 326-345).

encanto de lo exótico, tanto como lo eran hasta hace poco el Himalaya o los mares del sur. Probablemente puedan aducirse otros muchos motivos, pero es evidente que de todos ellos surge una ruptura de los marcos tradicionales en los que se movía el historiador, surgen nuevas definiciones de su papel social. El historiador, como recoge Dumoulin, pasa a convertirse en un profesional, en un personaje público. Comienza a romper su aislamiento, en buena medida reclamado por un público ávido de nuevas referencias, identitarias, de justicia, de conocimiento o de curiosidad<sup>28</sup>. Surgen así nuevas formas de expresión historiográfica y, por ello, nuevos requerimientos para el historiador, que en ocasiones se ve tentado a abandonar, siquiera momentáneamente, los seguros refugios de la academia, de la universidad.

No hay que olvidar que el impacto de lo posmoderno ha llevado a una revisión del trabajo del propio historiador, mostrando la complicidad del gremio en la difusión de la historia como instrumento de las distintas identidades nacionales, como “creación”, construcción o superchería interesada y que, en estos momentos, ese seguro refugio no lo es tanto, vistas las perspectivas europeas: “Taking history for granted is no longer an option, if only because the captive audience is no longer captive. The assumption that history’s place in the university is naturally and forever secured might have been safe in the early years of higher education when the nationalist rationale was still a trump card, but its purchase has diminished as nationalism has run into the sand and the range of higher education options has extended”<sup>29</sup>. La historia triunfa, el historiador ve cuestionado su papel tradicional.

Esta situación ha llevado, desde hace unos años, a la diversificación de tareas del historiador, especialmente bien recogida, aunque de forma crítica, por Olivier Dumoulin en la primera parte de su libro. Habla allí de la judicialización de la historia en Francia, con la intervención de los historiadores como expertos, como peritos, en determinados procesos judiciales en los que la memoria estaba en juego, en los que su concurso se ha comenzado a hacer habitual. Sin embargo, como señala, esta “nueva” tarea del historiador inició un proceso de revisión a fondo del papel social

---

<sup>28</sup> No es casual, por ejemplo, el impacto de los temas relacionados con la guerra civil española, y especialmente con la cuestión de la represión y el exilio, en estos últimos años.

<sup>29</sup> P. MANDLER, *History and National Life*, p. 9.

que el gremio ejercía, dado que sus tareas tradicionales comenzaban a verse desplazadas por otras más novedosas. Una forma de dar sentido a una figura tan escasamente productiva ha sido la de convertirlo en experto, en perito de su área de conocimiento, alguien que es fiel a sus principios de acción como sabio conocedor y dueño de un método reconocido y, a partir de ello, desempeña un papel social nuevo<sup>30</sup>. Un síntoma de ello es la aparición del historiador en los medios de comunicación, atraídos por el interés hacia lo más contemporáneo. A partir de los años ochenta, en Francia, el Reino Unido o los EE.UU., se comenzó a pensar en el turbulento período 1914-1945 como algo cada vez más lejano, como algo digno de ser rememorado, como un tiempo que cada vez menos pertenecía a los testigos y más al pasado. La industria del entretenimiento comenzó a dedicar atención a este período que se consideraba como clave para entender lo que tenía lugar a fines del siglo XX. Vastas reconstrucciones dramatizadas o documentales de la historia de esos años comenzaron a impulsar un encadenamiento de productos e intereses. Cine y televisión se beneficiaron de la existencia de una memoria filmada de aquel período y todo ello contribuyó en gran medida a lo que Mandler llama la creación de una afiliación genética, en la que el público se inserta en un entramado mediante su propia participación: “The new appeal of history has more to do with people rejecting their ‘place’, seeing themselves as artists of their own becoming, and using history imaginatively to assist in that process”<sup>31</sup>.

El problema de este interés público hacia el pasado es que dejó al historiador profesional fuera, no tanto por el rechazo de quienes demandaban información y mostraban interés por otros tiempos, sino por auto-exclusión de los propios historiadores, aún más encastillados en sus posiciones y claramente en busca de certezas científicas. El abismo entre una historia popular y una historia académica, que de alguna manera había comenzado ya en el siglo XIX, se incrementaba en la segunda mitad del XX. Sólo aquellos que tenían una inclinación ideológica concreta, los marxistas humanistas británicos, por ejemplo, mostraron su intención de responder a ese interés mediante la historia desde abajo, una expresión de E.P. Thompson de 1966 que alcanzó un éxito inmediato<sup>32</sup>: “Writing ‘history from below’ was a

---

<sup>30</sup> O. DUMOULIN, *Le rôle sociale de l'historien*, pp. 33-6; Richard J. EVANS, “History, Memory, and the Law”.

<sup>31</sup> P. MANDLER, *History and National Life*, p. 108.

<sup>32</sup> “History from below”, *Times Literary Supplement*, 7-IV-1966 (traducido en Dorothy THOMPSON (ed.), *Edward Palmer Thompson*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 551-560).

creative act and a political duty, a gesture of respect to the undeservedly neglected and forgotten which signalled a revival of the causes and values they had stood for. Though they would never have put it that way, these new social historians were using the past to stimulate their moral imagination in just the way Trevelyan had prescribed as one of the most powerful functions of the discipline”, recoge de nuevo Mandler<sup>33</sup>.

Historia como ciencia, ciencia social, e historia como instrumento de redención. Junto a ello, la permanencia del objetivo más vinculado al disfrute del arte de la historia por sí mismo, al desarrollo pleno de la profesionalidad del historiador, quedaba en un segundo plano. En definitiva, se pedía que el historiador pudiese aportar algo a la sociedad, una difusa enseñanza cívica, un entrenamiento de la virtud y de las destrezas básicas de cualquier ciudadano democrático para poder llegar a serlo de forma plena. Para ello, señala Dumolin, el historiador debía “retrouver le sens des conduites, des actes, des paroles” y S. Wineburg considera que “history holds the potential, only partly realized, of humanizing us in ways offered by few other areas in the school curriculum”, y ello a través de la comprensión de lo extraño, de lo ajeno: “Coming to know others, whether they live on the other side of the tracks or the other side of the millennium, requires the education of our sensibilities. That is what history, when taught well, gives us practice in doing. Paradoxically, what allows us to come to know others is our distrust in our capacity to know them, a skepticism about the extraordinary sense-making abilities that allow us to construct the world around us”<sup>34</sup>.

Fue a partir de estas necesidades sociales como el historiador comenzó a hacer acto de presencia en diversos procesos judiciales, en muchos casos relativos al período nazi y a la cuestión judía<sup>35</sup>, pero también en otros muchos aspectos, como pone de manifiesto Dumoulin cuando hace referencia al mundo norteamericano, donde la judicialización social conllevó un

---

<sup>33</sup> *History and National Life*, p. 113.

<sup>34</sup> O. DUMOULIN, *Le rôle sociale de l'historien*, p. 48; S. WINEBURG, *Historical Thinking and Other Unnatural Facts*, pp. 5; 23-4.

<sup>35</sup> Richard J. EVANS, “History, Memory, and the Law”, pp. 326-333. Especialmente polémico ha sido el libro de Norman G. FINKELSTEIN, *The Holocaust industry: reflection on the exploitation of Jewish suffering*, Londres, Verso, 2000 (traducido como *La industria del Holocausto*, Madrid, Siglo XXI, 2002), por tratar de mostrar la falsedad de alguna de las reivindicaciones basadas en lo ocurrido en los campos de concentración nazis.

considerable incremento de los procesos englobados en el rubro genérico de las reparaciones. Dumoulin se muestra profundamente escéptico ante esta presencia del historiador perito o experto en el mundo judicial, resaltando las, a su juicio, manifiestas dificultades para hacer compatible el componente académico y el de experto<sup>36</sup>. Además, extiende sus recelos al conjunto de lo que se conoce como *public* o *applied history*, un mundo de acción y no de observación, de encargo y no de inquietud científica<sup>37</sup>. Como señala el mismo autor, “[d]ans tous les cas le principe qu’il faut respecter en matière de demande sociale est que seule la communauté scientifique est à même de traduire en objectifs de connaissances des réalités qui font problème et que la société, dans toutes ses composantes, lui demande d’analyser”<sup>38</sup>. Esto le sirve a Dumoulin para criticar el desarrollo de la *public history* en Francia y, dentro de ella, de la historia y la cultura empresarial, basándose principalmente en el riesgo de instrumentalización que comporta. El argumento de Dumoulin limita la honradez del historiador al marco universitario, lo que, de alguna manera, le vuelve de espaldas a una realidad social en la que la profesionalidad del historiador se pone en entredicho. ¿Qué diferencia habría entre el historiador que colabora con las conmemoraciones celebradas de forma reiterada al menos desde 1989 y el historiador que realiza el estudio de una empresa concreta?<sup>39</sup>, ¿dónde establecer los límites entre la ética o la perversión de la tarea del historiador? ¿sigue siendo la comunidad científica la única garante de la ortodoxia? Si es así, ¿dónde reside el fundamento de su legitimidad? No se trata de relativizar, pero sí de considerar la existencia de alternativas y la necesidad de asumir

---

<sup>36</sup> Es otra la opinión de Richard J. Evans, que considera factible la participación del historiador en los procesos judiciales, siempre y cuando se mantenga dentro de unos límites claros: “as far as possible we should restrict ourselves to providing contextual information, at least where criminal cases are involved. It ought, at least in theory, to be possible to do this in a way that leaves the decision on the guilt or innocence of an individual up to the court” (“History, Memory, and the Law”, p. 343).

<sup>37</sup> O. DUMOULIN, *Le rôle sociale de l'historien*, pp. 91-106. Sobre la public history, véase, por ejemplo, James B. GARDNER y Peter S. LAPAGLIA (eds.), *Public history: essays from the field*, Malabar, Fl., Krieger, 1999.

<sup>38</sup> *Le rôle sociale de l'historien*, p. 109. Un ejemplo de la aplicabilidad de estos principios fue la expulsión del jurado de los premios Pulitzer de la historiadora Doris Kearns Goodwin, acusada de plagio (*El País*, 4-IV-2002, p. 32).

<sup>39</sup> Cfr. Carmen Erro y Francisco Javier Caspistegui, “Empresarios e historia empresarial. Algunas claves para un mutuo acercamiento”, en: C. ERRO (dir.), *Historia empresarial. Pasado, presente y retos de futuro*, Barcelona, Ariel, 2003, pp. 180-186, 198-199.

riesgos sin caer en la dependencia de un entorno académico que dista mucho de ser ni uniforme ni justo.

Se añadiría a ello la cuestión de la responsabilidad del historiador, algo que sólo la presencia pública del historiador ha mostrado de manera clara, con los riesgos inherentes a ello, especialmente la posibilidad de que el historiador pueda acudir ante la justicia, no sólo como colaborador de ella. El historiador se convertía, así, en alguien que debía de dar cuenta de sus investigaciones no sólo frente a la comunidad científica, sino ante la sociedad<sup>40</sup>. Evidentemente, esto tiene una serie de consecuencias, tal vez una de las más visibles de las cuales sea la del acceso a la información, pues el historiador pasa a convertirse en “sospechoso” para el archivero, ante el temor de que las repercusiones judiciales derivadas de la investigación historiográfica, salpiquen a quien ha permitido la consulta de documentación sensible. Tampoco es despreciable lo relacionado con la difamación, algunas de cuyas manifestaciones legales pueden incurrir en abusos contra el trabajo del historiador, especialmente si acaban cayendo en una forma de censura encubierta<sup>41</sup>.

#### 6. *¿Qué hacer con los historiadores hoy?*

Todo ello no hace sino renovar el interés por dilucidar el papel social del historiador, una cuestión tan variable a lo largo del tiempo como la propia condición de la historia. ¿Qué somos: investigadores, profesores, educadores cívicos, profesionales cuasi-liberales, creadores de memoria —nacional, grupal o individual—? ¿podemos considerar a la historia “as a tool for changing how we think, for promoting a literacy not of names and dates but of discernment, judgment, and caution”<sup>42</sup>? ¿sigue teniendo interés para nuestras sociedades la tarea del historiador? Tal vez sí, pero ¿estamos los historiadores profesionales, académicos, respondiendo a las peticiones de la sociedad? ¿debemos convertirnos en una mera respuesta al juego del libre mercado? ¿podemos mantener, por el contrario, el estatus de privilegio de quienes se dedican a la historia por la historia?

---

<sup>40</sup> O. DUMOULIN, *Le rôle sociale de l'historien*, pp. 129-146.

<sup>41</sup> Antoon de BAETS, “Defamation Cases against Historians”, *History and Theory*, 41, 2002, pp. 346-366.

<sup>42</sup> S. WINEBURG, *Historical Thinking and Other Unnatural Facts*, p. IX.



Tal vez estemos a falta de profundizar en las implicaciones sociales de nuestra actividad, más allá de poner de manifiesto nuestras responsabilidades como constructores y destructores de mitos, forjadores y debeladores de identidades. Tal vez sea hora de plantearnos la deontología de la profesión, la necesaria reflexión sobre las responsabilidades del historiador en el seno de una sociedad que tal vez ya no admita con facilidad que esta profesión se siga escudando en la altura de la ciencia, sin prestar atención en las repercusiones de su tarea. En cualquier caso, no deja de ser significativo que los libros que han servido de excusa para este ensayo comiencen a dejarse ver en el seno de la comunidad historiográfica, señal inequívoca de que el debate está planteado y de que en él hay espacio para el optimismo: “As history rediscovers its public, then, it will have to redefine its purposes, without losing the scholarly integrity it has built up over the last century. Beyond nationalism, history does have other intellectual and imaginative functions in a modern society. It is *not* just another form of ‘infotainment’, interchangeable with fiction, and the scholars writing popular history are doing something a good deal more constructive than ‘dumbing down’ a once respectable discipline”<sup>43</sup>.

---

<sup>43</sup> P. MANDLER, *History and National Life*, p. 142.